

Era inevitable, pero sabía que quizás fuera la última vez que nos fuésemos a ver. Parecía no importarle, se fue. No dijo ni siquiera un adiós. Ahora, había perdido todo lo que sustentaba nuestra relación. Su cariño, sus besos, su ternura, eran verdaderas muestras de amor que habían quedado en el olvido por completo. Pero ya no merecía la pena pensar el pasado, todos mis sentimientos se habían desvanecido. Me fui, al igual que él y sin dejar ni rastro de mi ausencia.

A esas altas horas, el brillo del sol había terminado su arduo recorrido anual y estaba a punto de encerrarse donde el renegrido tiempo lo ocultaría hasta al amanecer. Como dos tontos, los enamorados irán a su reencuentro ¿Para qué? Me pregunto. Si la noche lóbrega y relente, cubrirá con un manto de rocío el húmedo forraje de la planicie y los ocultará totalmente con sus miradas indiscretas. Se besarán y, se dirán cosas al oído, ilusos; el mundo solo está para ellos.

Rápidamente despegué mis párpados y miré los dígitos iluminados del radiodespertador, eran las 04:36 h. Permanecí varios minutos desvelada. La noche, el crudo silencio y el susurro del viento entre las ranuras de la ventana me hacían estremecer. Seguramente ya no pegaría ojo en toda la noche. Pude sentir el lamento de un bebé, que tal vez proviniese del piso de abajo. Qué raro, Peter estaba en la cuna y en mi habitación. Parecía bien somnoliento. Una noche tras otra sus llantos me despertaban, pero sospechaba que esta no lo fuera. Mi corazón empezó cada vez a palpar con más vigor y algunas gotas de sudor ya empezaban a caer por mi torso. Sin más preámbulos, retiré suavemente las sábanas, y acudí al lugar de donde provenía el sonido. No obtuve nada, todo estaba como antes. Mis pies desnudos apreciaron como las tablas del suelo cada vez se iban poniendo más y más frías hasta llegar de nuevo a mi dormitorio. Me acosté de nuevo, pensando en no darle importancia a todo lo ocurrido.

El primer destello del alba entró repentinamente, por los ventanales, dando distintos tonos de color a la alcoba. El radiodespertador no sonó, algo extraño en él. Desde que el abuelo me lo había regalado, no había fallado nunca. Pero bueno, eso eran cosas que un día u otro tenían que pasar. Claramente llegué tarde al trabajo y para colmo me tocó quedarme revisando los últimos formularios recién llegados. Una enérgica ventisca ya se sentía por las calles, apartando todo tipo de hojas y ramas secas que se lo oponían. Antes de partir, cubrí todo mi cuerpo con un robusto gabán y unos guantes de terciopelo.

De camino a casa, dos ancianas ya afectadas por el fugaz tiempo, tal vez gemelas, estaban posadas en un banco. Vestían con indefinidos harapos y unos bolsos de piel.

Un tenue escalofrío ascendió por todo mi cuerpo. Me dio mal que pensar, no sé. Discutían sobre la señora Hooken, sin embargo, no puede oír más. No tenía tiempo que perder, la niñera se preocuparía si no estaba en casa a la hora habitual. Una delgada brisa de calor acarició todo mi cuerpo al cerrar el pórtico. Lynette no es que fuera la mejor niñera del mundo. Siempre vestía con una indumentaria algo tradicional pero mi salario, no era muy extenso. La cena ya estaba servida. Finalmente di mi acreditación para que Lynette se pudiera marchar. Un día algo apurado- dije para mis adentros. Peter ya se encontraba un poco aletargado, terminé de darle el puré y le coloqué en su cuna. Una ducha candente me tranquilizó bastante.

05:22h. ¡Ringgg!¡Ringg! Apresuradamente mis ojos se abrieron. El sonido continuaba. Parecía ser el teléfono que no paraba de sonar. ¡Qué raro!-pensé. Mira que horas son. Recién llegada del piso de arriba me dispuse a descolgar, pero nadie contestó. Un leve pitido recorrió todo mi oído. Por el ventanal escurrían delicadas gotas de agua. Pero el chaparrón solo duro unos instantes. En cambio la luna producía inmensas siluetas que se veían proyectadas sobre la chimenea.

El calendario ya señalaba el tres de diciembre. Ubicados en mi mesilla se hallaban diversos manjares dispuestos a ser engullidos. Qué temprano había regresado Lyncette-pensé. Cuando me dispuse a ir al piso de abajo, Peter ya estaba tomando su papilla matutina. Dejé a Lyncette a cargo de todo y desaparecí. Otra amplia mañana estaría llena de bolis y papeles.

Menos mal que la floristería no había cerrado sus puertas. La empleada me sugirió unos bulbos y crisantemos de tonos estafalarios, que me llamaron bastante la atención. Antes de regresar a casa debía pasar a ver a mi marido. Desde las casas de la aldea, los habitantes podían divisar el cementerio al que apenas nadie se atrevía a cercarse. Supuestamente era un lugar misterioso y hacía temblar a cualquier ser vivo que se adentraba allí, no le di importancia eran cuentos de niños. Apenas podía verse algo. Solo un débil rayo de luna iluminaba las letras de unas lápidas dispuestas en filas. Todo era muy siniestro, pues parecía haber unas huellas recientes marcadas en la tierra que no conducían a ningún sitio. El ambiente estaba calmado, no había viento, ni ruidos. Algo me hizo darme la vuelta y dirigir mi mirada fría hacía aquella lápida. Una suave y delicada melena morena caía desde los hombros de una mujer, que allí arrodillada, suplicaba. No solo eso, la muchacha no se había percatado de mi presencia y portada unos cuantos ramilletes de romero sobre sus manos.

Deposité las flores sobre él. Sus recuerdos me perturbaban. Suavemente acaricé su gélida tumba de mármol y de nuevo pensé en él. Habíamos sido felices por algún tiempo, pero tarde o temprano todo llega a su fin. No sabía si me encontraba sola o

no, pues él había sido mi bien máspreciado. Saqué de mi bolsillo la carta de despedida que me había relatado antes de su muerte y me dispuse a leerla.

-PARA MI AMADA-

He vigilado a la muerte y a veces hasta la he sentido en mi interior. Tan cerca que me he podido encontrar entre sus brazos. Aun no entiendo porque ha llegado, cual es su prisa y cuál es su intención. Ella quiere evadirme y verme padecer, pero no quiero, no codiciará mi alma. Y ahora te preguntarás ¿Qué es la vida? Las ganas de vivir. Todo es como la llama de una cerilla, se enciende, da color a la vida y arde lo suficiente para poder vivir, luego se apaga. Pero el fuego que nos dejó esa cerilla pervivirá entre nosotros. Pero no importa, porque hay infinidad de recuerdos, detalles y muchas cosas más que me unen a ti, son cosas que nadie nunca entenderá, lo sé. Te dejo mi sonrisa, mis ganas de vivir, te dejo mis abrazos, mis lágrimas de abril. Me quedo con tus historias, tus besos, tu sonrisa, tu bondad, y creo que nadie en el mundo podrá quererte más. Será que tanto te extrañe que pienso en aquel día que te vi y se me paralizan todos mis sentidos, ese sentimiento, ese palpitar que me hace hacer cosas que nunca imaginé. Terminé diciéndote que aún no estoy preparado para perderte, no estoy preparado para que me dejes solo, para crecer y aceptar que esto es real, para recordar que todo tiene un principio y un final, para no tenerte y solo recordarte, para no oírte y escucharte, para que me abracés, te necesito ya. No me olvides, sé que no lo harás, te digo adiós, esto no es el final.

Jordan

¡Qué recuerdos me traía!

Divisé a lo lejos que no había ningún rayo de luz por toda la casa y apresuré el paso. La puerta sonó al abrirse, dentro no se escuchaba nada. Encendí las luces y fui a buscar a Peter a su cuna. Al ver que no estaba allí, busqué por todos los rincones de la casa pero no aparecía. Supliqué una y otra vez a dios y cada vez estaba poniendo más nerviosa. Entré en el baño del piso de abajo y retiré las cortinas.

Mi corazón se detuvo unos instantes. ¡Peeteerrr! —lamenté. Sobre la bañera se hallaba él. Su ropa, derramaba demasiada sangre y parecía estar inconsciente. Lo sujete entre mis brazos pensando que lo había perdido para siempre. Y estaba en lo cierto. Me arrodillé en el suelo suspirando su muerte. En el espejo había una nota escrita con sangre que ponía: Había llegado su hora. Lágrimas y lágrimas de amargura y melancolía se desprendían de mis ojos. Primero él, luego tu. Ya no merecía la pena vivir, estaba sola para siempre.

Seudónimo: Loco Literario